

Memoria y resistencia anti-dictatorial

Comité Editorial

Si algo ha marcado el campo de las investigaciones en humanidades y ciencias sociales desde fines de los noventa hasta hoy es, sin duda, la emergencia de los estudios de memoria como área interdisciplinaria de reflexión. Resulta notorio que en los países del Cono Sur (Chile, Argentina y Uruguay) la discusión sobre la memoria reciente, en espacios académicos, ocurra en momentos en los cuales el pasado dictatorial reaparece en la esfera pública. El pasado se vuelve a hacer carne en el presente, toda vez que las sociedades que han atravesado procesos de terrorismo de Estado o gobiernos autoritarios ponen en entredicho (desde los más diversos lugares) las políticas del recuerdo que acompañaron las “transiciones” o “recuperaciones” de la democracia. Al mismo tiempo, el “estallido” de los estudios de memoria ha significado, también, nuevas formas de hacer política, a la vez que ha re-contextualizado formas previas de acción colectiva. Qué y cómo una sociedad recuerda aparecen en el debate público como parte de la agenda de agrupaciones, colectivos y movimientos sociales que han agregado a las demandas de verdad y justicia, la reivindicación por incidir en las prácticas del recuerdo.

En este contexto, los artículos que aquí presentamos se insertan dentro de los debates sobre memoria y pasado reciente en América Latina. Tanto Antonia Garcés –“Memorias de la protesta social en el Chile de la dictadura militar, 1983-1986”– como Macarena Orellana –“Jóvenes en transición. Memoria y acción colectiva en el retorno a la democracia en Bolivia, 1982”– abordan problemáticas referidas a los repertorios

de movilización de distintos actores sociales, la identidad colectiva, la experiencia dictatorial, el problema de la transición democrática y sus relaciones con la memoria, dando cuenta del impacto que ha tenido el problema de la memoria en distintos ámbitos de investigación. Al mismo tiempo, los textos parten de una metodología que enfatiza el testimonio oral como puerta de entrada para el abordaje de procesos históricos; el foco está puesto en las maneras en que distintos sujetos, en posiciones heterogéneas, recuerdan su pasado y producen un relato que les da sentido.

En su artículo, Antonia Garcés hace un recorrido por los recuerdos de tres actores sociales (trabajadores, pobladores, y estudiantes universitarios) y su participación en las Jornadas de Protesta Nacional entre los años 1983 y 1986. El relato pone de manifiesto la significación que cada uno de estos sujetos colectivos le otorga a sus formas de resistencia contra la dictadura. A partir de una mirada que nos sitúa de lleno en el presente histórico (la jornada del 4 de agosto de 2011, en medio de las movilizaciones estudiantiles), la autora reactualiza la pertinencia de la protesta de los años ochenta, a la vez que releva la unidad colectiva que se produjo en contra del régimen.

Por su parte, Macarena Orellana, en su contribución a este número, aborda la influencia de las memorias de la lucha anti-dictatorial de los jóvenes bolivianos en la organización de la acción colectiva una vez recuperada la democracia. El ojo está puesto aquí en las diversas relaciones que hay entre experiencia de militancia tradicional, la intensa movilización de un país lleno de tensiones como es

Bolivia, y la posterior decepción con la debilidad política del gobierno democrático de los ochenta. La autora nos lleva por un recorrido de largo aliento, encuadrando sus reflexiones en el proceso más general de la intervención política de los militares tras la crisis de la Revolución de 1952.

Consideramos que ambos textos son aclaradores en la medida que cruzan estudios de memoria y movimientos sociales de resistencia contra las dictaduras que azotaron el continente en el último tercio del siglo XX. Al respecto, cabe destacar que el artículo de Macarena Orellana incorpora tanto perspectivas actuales sobre teoría de movimientos sociales como el estudio de un área poco trabajada desde el Cono Sur, como es la zona andina. Ciertamente es que, en el auge de los estudios de memoria, las dictaduras militares de Chile, Argentina, y Uruguay han atraído mucha más atención que el conflicto armado interno de Perú, las dictaduras centroamericanas (junto a la experiencia revolucionaria del sandinismo), o el caso de Paraguay y los “Archivos del Terror”. Por su parte, Antonia Garcés trae a la discusión archivos poco trabajados, como lo son los de la ONG ECO, Educación y Comunicaciones. Consideramos que la utilización de archivos no-oficiales será cada vez más importante para trabajar los niveles subjetivos de la experiencia dictatorial, al igual que las distintas iniciativas que se articularon para resistirla. La identidad aparece en ambas colaboraciones como un eje fundamental del análisis. El momento de la lucha y el momento de la transición signan las maneras en las cuales un colectivo se reconoce a sí mismo y se enfrenta a otros. Al mismo tiempo, la identidad es pensada

por las autoras como una práctica social a partir de la cual los sujetos son capaces de movilizarse. Sin recurrir a nociones esencialistas de ésta, se la aborda en su proceso histórico de construcción, subrayando las maneras en las cuales acción e identidad colectivas se configuran mutuamente. En ese sentido, especialmente relevante son las transformaciones que conllevan los procesos de transición democrática y el factor común de la decepción frente a los resultados de la “transición pactada”.

Tanto el artículo de Antonia Garcés como el artículo de Macarena Orellana nos invitan a profundizar en otras dimensiones de la memoria como lo es el proceso mismo de disputa entre memorias antagónicas en el contexto social mayor. Vale decir, ¿cómo se vuelve hegemónico un relato del pasado? ¿En qué medida las memorias que abordan los artículos aparecen hoy –y sólo en algunos espacios– como dominantes? ¿Desde dónde y con qué motivos es que se elige poner en primer plano a unas memorias por sobre otras? En muchos sentidos, las memorias de las que hablan ambas autoras, son memorias que permanecieron (y que en algunos casos, aún permanecen) fuera del foco de la discusión pública o, en el mejor de casos, en un lugar subordinado, desproblematizado y poco polémico. El problema de la relación entre discursos históricos, políticas del recuerdo y memorias colectivas obliga a plantear estas preguntas, más todavía en el contexto de sociedades en las cuales los debates siguen abiertos. A pesar de las diferencias evidentes en el signo político de los gobiernos de Bolivia y Chile, los artículos muestran que la rememoración colectiva del pasado es un proceso en constante reactualización y que nunca

puede declararse exento de polémica.

Otro aspecto que nos gustaría relevar a partir de estos artículos guarda relación con el estatuto del testimonio y la inscripción de los textos dentro de un enfoque de historia oral. ¿Cuáles son las condicionantes específicas del testimonio en tanto género discursivo? ¿Cuál es el lugar de quienes producen los testimonios que luego se utilizarán para trabajar? Sin con esto decir que puede haber un uso ingenuo de los vestigios históricos, pareciera ser habitual que el énfasis en la reconstrucción de un pasado de lucha antidictatorial pone muchas veces en segundo plano aspectos teórico-metodológicos que debieran ser tomados en cuenta para problematizar la construcción de las memorias colectivas que ambos artículos tratan.

Para finalizar, juzgamos de gran importancia que *Nuestra Historia* pueda dar a conocer dos artículos que sintetizan aspectos importantes de investigaciones de tesis de Licenciatura en Historia. Es parte del espíritu de la revista generar el espacio para la difusión de este tipo de textos, pues consideramos que como estudiantes tenemos la responsabilidad, a la vez que el derecho, de intervenir en los debates de la disciplina a partir de nuestro propio quehacer investigativo.